

ren por la provincia; el *Mijares*, procedente de Teruel, recibe las aguas que bajan de Peñagolosa y va a perderse en el mar, después de 72 kilómetros de curso; el *Palancia*, que riega a Segorbe y penetra en la provincia de Valencia; el *Bergantes*, que nace en las inmediaciones de Morella y sigue al *Mijares* en su visita a las tierras turolenses; el *Cenia*, el *Cérbol*, el *Segura*, el *Bellcayre*, el *Monleón*, el *Seco*, etc., etc. El *estanque* de Albalat y las *albuferas* de Oropesa y Torreblanca, cercanas al litoral, aumentan el interés hidrográfico que despierta la provincia castellanense.

Las nieves de Espadán y Peñagolosa, contribuyen a que en la región del Norte el clima sea frío y destemplado; el naranjo, el limonero, las palmeras e infinidad de árboles y arbustos delicados que embellecen la llanura, prueban el temple apacible de que gozan las tierras bajas, moderado constantemente por las brisas del mar.

* * *

A los griegos de Rodas y Focia debe la provincia de Castellón, singularmente, sus primeras fuentes de cultura; romanos y cartagineses eligieron, muchas veces, estos campos para dirimir sus querellas tradicionales; los suevos fueron dueños del territorio desde 467 a 484, y al fundarse, en el año 800, el reino moro de Valencia, casi toda la provincia formó parte del nuevo estado musulmán, que sintió el estremecimiento de su ruina al rasgar *el Conquistador* el estandarte sarraceno de Mallorca. La expulsión de los moriscos, en 1609, fué el incendio impremeditado que agostó la riqueza de Castellón: solamente en el puerto de Vinaroz embarcaron más de 8,000 individuos, obligados violentamente a trocar la feracidad de estas comarcas placenteras, por la aridez desoladora de las montañas africanas. Cierta que los castellanenses lucharon bravamente por su patria, cuando las águilas de Napoleón intentaron profanar el santuario de la independencia



Castellón. — Torre de la iglesia de Santa María